

# Los Libros

“TRAGEDIA Y REALIZACIÓN DEL ESPÍRITU” por *Enrique Molina*, editorial Nascimento, 1952

Al hombre no le es dado esfumar su ecuación personal cuando se lanza a discurrir en los ámbitos de la Filosofía. El filósofo, el bípedo filosofante, siempre que tiende sus redes de profundidad o sus finos reteles costeros pesca, sin duda, pero al mismo tiempo queda enredado en sus propios mecanismos. Le ocurre lo que al biógrafo consciente que, al presentar la cifra de un alma, desnuda sus íntimas preferencias, se da entero y vibra en aquellas parcelas que le son ajenas en apariencia.

De ahí que un libro de filosofía, escrito con dedicación y sinceridad, nos presenta, entre líneas, los perfiles psicológicos del autor, su postura ante la vida, sus reacciones en torno al fluir existencial, frente a ese vivir desviviéndose que caracteriza al hombre de nuestros días. Tal acontece con la obra reciente del profesor don Enrique Molina, creador de un conjunto de cuatro ensayos magistrales referidos a la tragedia y realización del espíritu, sentido de la vida y de la muerte, glosas que sugiere una lectura de Descartes y Spinoza, admiración al evocar la sabiduría eterna de los griegos.

El autor, versado en las disciplinas filosóficas, con sedimentos culturales reelaborados al filo de una experiencia rica en ma-

tices, ha podido discurrir con paso firme por los dominios problemáticos de una psicología puesta al servicio de grandes ideales. Y así, el tema de lo que pudiera ser una cristalización del carácter moral, enfocado desde los ángulos de la tragedia y realización de un destino, muestra la honda postura filosófica del hombre a quien no le son extrañas las bellas lucubraciones del espíritu griego, los aportes sólidos de la ciencia actual, las normas morales de una sociología que, habiendo superado las etapas teológica, metafísica y positiva, enfila rumbos más humanos, más llenos de un tornasol espiritual, incluso romántico.

El profesor Enrique Molina, el sutil filósofo que vibra en sus pensamientos, nos dice que “al revés de lo que pasa con la materia y la vida, sólo lo espiritual no se halla definitivamente hecho y espera para su alumbramiento que nosotros lo vayamos realizando”. Algo, poético en esencia, capaz de conjugar la posibilidad de que los hombres sean la medida de todas las cosas, y de que al mismo tiempo el soplo divino sea una realidad en nuestras venas, en las más recónditas fibras del pensamiento y de la hombría vascular, zoológica.

Atrevidas imaginaciones dan cima al ensayo que sirve para rotular el libro. ¡Pero qué bellas y sugerentes! ¡Cómo tienen la virtud de lanzar la esperanza hasta los amables cielos de la posibilidad científica y filosófica!

Nada más emotivo que concebir el espíritu realizándose eternamente a través de formas transitorias, y cada ser transitorio participando del sabor de lo eterno y de lo finito. Y ello, por obra y gracia de un hacer vital, de una conducta, existencialista en sentido válido, cuya única razón de ser no es otra que la busca incesante de la perfección. Porque la vida, como tantas veces se ha dicho, es actividad pura, programa. A través de ella, el hombre se completa en un impulso de alcanzar objetivos cada vez más amplios y significativos,

Esta postura filosófica, típica de un idealismo romántico, nos

sugiere, una vez más, la idea de que todo es posible en la experiencia del vivir, ya que la posibilidad es el principio de todo ser. Incluso lo absoluto puede convertirse en realidad, el contacto del alma individual con el principio divino puede realizarse con un sencillo revolar a través de las cosas. Los elegidos podrán llegar a participar de Dios. Los demás, "la sal de la tierra", alcanzarán tan sólo a formularse una hermosa teoría de la divinidad.

\* \* \*

El sentido de la muerte, su última significación ha hecho meditar a muchos pensadores, a grandes poetas. Sus conclusiones, vista la naturaleza del tema, se afianzan en bases movedizas. Difícilmente se armonizan ciencia y filosofía cuando se habla de la inexorable realidad que entraña y supone la muerte. El ser mortal, puesto a filosofar, adopta posiciones dispares. Como es sabido, durante mucho tiempo, se ha dicho que el temor a la muerte es un error que la razón humana ha de superar. Demostración, que se ha intentado de diversas maneras. A veces, afirmando, a la manera de Sócrates, que el morir es como quedarse dormido, o como un paso a otra vida en la cual ha de haber objetivos. Otras, al estilo de Platón, demostrando la incompatibilidad del alma con la muerte. Sin olvidar la posición del epicúreo a quien "no le va nada con la muerte". Reflexiones, en suma, que pretenden suprimir el verdadero sentido biológico de la terminación de la vida.

El estudio de don Enrique Molina, las finas alusiones que le sugiere una cultura cristalizada en valores, en "aproximaciones", como preconizaba Charles Du Boss, nos incita a pensar en Rainer María Rilke, en aquella su idea de la muerte, pensada como un problema de belleza y perfección.

Ahora bien, el sentido de la muerte se ilumina en sus profundidades inasibles cuando le proyectamos los resplandores de la vida, de esa vida que el hombre hace y deshace, tratando de reali-

zar su programa espiritual. Quizás en ello radica el sentido de la vida. Porque vivir en constante anhelo es tanto como un estar desviviéndose, muriendo en cada fracción temporal, pero renaciendo al calor de esa lucha. He ahí, tal vez, una concepción del morir, anverso de una moneda en cuyo reverso rebulle la vida sin desesperación y tragedia, ya que entre ambos cabe la fantasía del hombre.

\* \* \*

El tercero de los ensayos enfoca las siempre actuales aportaciones de Descartes, su auténtica significación en la evolución del pensamiento filosófico cuando se confrontan con las ideas de Spinoza.

Los alcances del método matemático, el descubrimiento de la demostración, la duda metódica, el "Pienso, luego existo", las cuatro reglas del mecanismo cartesiano, son motivo de finas disquisiciones, de una crítica que no destruye, sino más bien creadora.

El autor nos dice que "Descartes es el filósofo de la discreción tanto por su conducta como por su método, aunque su duda fué programada de términos exagerados". Afirma que el filósofo manifestó respeto y sumisión a las autoridades, a la iglesia y a los usos de su tiempo. Y sobre todo que "no fué el iniciador de una nueva metafísica, sino el continuador de la metafísica medieval tradicional". Sin embargo, reconoce la revolución que supone el método cartesiano en la historia del pensamiento. Y ello no puede ser de otra manera, ya que como dijera d'Alembert: "Todo se lo debemos a Descartes, hasta las armas de que nos servimos para combatirlo".

Una vez más, después del estudio comparativo de los dos filósofos, señaladas la insatisfacción, ansiedad y angustia que suele oprimir el corazón del hombre de nuestros días, leemos unas palabras de alta significación espiritual: "No nos queda más que ser siempre valerosos, no pocas veces dispuestos a la resignación y al renun-

ciamiento y ser buenos, justos y capaces de amor con los compañeros de viaje”.

Finalmente, tomando como inspiración “la sabiduría de los griegos”, siguiendo el hilo del nacimiento y trayectoria de una filosofía de plurales matices, el profesor, con indudable espíritu didáctico, tiende una mirada de profundidad a las orientaciones de la filosofía helénica. A esas inspiraciones a las que el espíritu vuelve constantemente, y en cuyo seno pudo verificarse el tránsito de la propia filosofía al pensamiento científico en sentido estricto. Porque los griegos, creadores del diálogo, plenos de vigor combativo, de lógica, tendieron el puente de la filosofía a la ciencia. Y su tendencia a convertir el *logos* en la palabra divina, que nos habla mediante la creación del mundo, hizo posible la palabra creadora de Dios judaico-cristiano que saca de la nada la existencia de las cosas.

En estas páginas se recoge la síntesis organizada de los diversos aspectos del pensamiento griego, del que proceden los conceptos y problemas de la época moderna.

La voz de los anónimos creadores de las teogonías, de los filósofos de la naturaleza, órficos, eléatas, pitagóricos, sofistas, su espíritu vive al lado de nosotros. Y “cuando queremos escucharlos, saben hablarnos con su palabra y con su ejemplo de las buenas cosas eternas de la vida”.

La obra de don Enrique Molina, profesor de filosofía, cultor de un pensamiento vitalista con tornasoles de un sutil idealismo romántico, reafirma la tesis, ya expresada por él en libros anteriores, de que a través del hombre se realiza el espíritu, y de que la vida, desde sus raíces milenarias, desde sus orígenes de milagro y olvido, busca un sentido, va creando un clima espiritual en donde sean posibles sociedades cada vez más felices, mejor organizadas.—VICENTE MENGOD.